

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES.

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135 y 136.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 18 de ocho entregas.

L47
2234

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BL. MANUSCRITO

UNA MADRE

ROMANZO IN TRE VOLUMI

di

FRANCESCO PERRI

Illustrazioni di GIULIO CASATI

D. Bussolin Editore

Libreria L. B. 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106

MADRID

JOSE A. GARCIA

Libreria L. B. 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106

1900

Quadrante de los ocho entresijos.

247-2234

Permaneció algunos momentos de pié junto al sofá y sin atreverse á dirigirle la palabra, cuando de pronto un ruido de pasos que creyó oír en el corredor le hizo salir precipitadamente del dormitorio del médico y encaminóse hácia la puerta.

Bonifacio no tenia motivos para sospechar que iba á ser sorprendido y creyó que los pasos que oía eran de su compañero Santiago que regresaba de Madrid.

Grande fué, pues, su sorpresa viendo de pié en la puerta de la antesala á Chamorro acompañado de dos desconocidos.

Rápido como el tigre que se dispone á lanzarse sobre su presa, sacó el revolver del bolsillo y se colocó con ademán amenazador con la espalda apoyada en la puerta del dormitorio del doctor.

Aquellos hombres no debian inspirarle confianza alguna, puesto que se presentaban de improviso y armados.

Bonifacio comprendió que en caso de lucha, desgraciadamente seria desigual para él.

Sin embargo, su corazon entero no se arredró y dijo con acento imperioso:

—¿Qué quieren ustedes? ¿Por qué ha permitido usted que estos hombres lleguen hasta aquí?

—¡Toma!—contestó Chamorro con alguna turbacion:—yo no he tenido nunca pretensiones de ganarme la cruz laureada con una lucha desigual. Me han sorprendido, me han amenazado y me he visto en la precision de acompañarles hasta aquí.

—¡Ah! ¿Conque todo eso ha sucedido?—preguntó Bonifacio sonriéndose de un modo que daba miedo.—Si eso es verdad, ¿por qué no se coloca usted á mi lado para defender esta puerta y seremos dos contra dos?

La razon era poderosa; Chamorro se turbó antes de contestar, y Bonifacio, comprendiendo que era víctima de una emboscada, se dispuso á vender cara su vida.

—¡Lo que tú eres,—esclamó,—un miserable, un traidor! pero vas á pagar cara tu infamia.

Y con una rapidez increíble Bonifacio descargó el revolver sobre el pecho de Chamorro.

Éste lanzó un grito y cayó de espaldas, pero al mismo tiempo otra detonacion resonó en la antesala.

Leandro habia hecho fuego sobre Bonifacio, calculando que con un enemigo de aquella naturaleza no era muy conveniente perder el tiempo.

Bonifacio rodó por el suelo sin exhalar un ¡ay! sin pronunciar una palabra.

La bala le habia abierto un ancho boquete encima de la ceja izquierda.

Hubo un momento de pausa, esa pausa que sigue á la muerte.

Julian estaba pálido, trémulo: aunque hombre sereno, aquellas dos muertes, acontecidas con la rapidez del rayo, le habian causado una viva impresion.

Las dos balas habian ido dirigidas con un acierto asombroso.

La de Bonifacio habia partido el corazon de Chamorro; la de Leandro habia perforado los sesos de Bonifacio.

Despues de esta pausa, cuando aun no se habia disipado el humo de la pólvora, Leandro dijo con una calma asombrosa:

—Si no ando listo, creo que ese hombre dá cuenta de los tres en un minuto. ¡Pobre Chamorro! que Dios te perdone y no me olvide.

Y como el cazador de oficio permaneciera indeciso, Leandro volvió á decir:

—Amigo Julian, por ahora creo que no tenemos enemigos que combatir: la tragedia ha durado poco; no perdamos el tiempo y manos á la obra.

Julian recobró su entereza.

—Sí, dices bien: aprovechemos el tiempo. Busquemos al doctor Samuel, que, segun las noticias que nos dió el desgraciado Chamorro, debe hallarse en una habitacion inmediata á esta.

—Veamos qué hay detrás de esta puerta.

Los dos amigos se dirigian hácia la puerta del dormitorio del doctor Samuel, cuando vieron aparecer por ella, con gran sorpresa, al débil y macilento anciano, que apenas podia tenerse en pié.

—¡Quién turba el silencio de la muerte!—esclamó el doctor.—¡Qué nuevos crímenes se cometen en esta casa!

—¿Es usted el doctor Samuel?—preguntó precipitadamente Julian.

—Yo soy; pero, ¿esos hombres que yacen en el suelo?...

—Esos hombres ya no existen: se oponian á la libertad, á la salvacion del doctor Samuel y han muerto.

—¡Dios mio!—esclamó el anciano;—tal vez aun sea tiempo de salvarles.

Y sin que nadie pudiese contenerle, el doctor, olvidándose de su debilidad, se inclinó sobre los exánimes cuerpos de Bonifacio y Chamorro, y despues de reconocerlos, esclamó:

—¡Desgraciados! ¡su vida ha terminado! Para ellos ya no queda mas clemencia que la de Dios. ¿Qué es lo que quieren ustedes de mí?

Julian se acercó al doctor y le dijo en voz baja:

—Soy un enviado del doctor Mendez, y pues he tenido la fortuna de llegar á tiempo, aprovechemos los instantes. Pero está usted muy débil; apóyese usted en mi brazo y salgamos de esta casa.

—Sí, sí, salgamos de esta casa, mansion horrible donde he pasado las horas mas tristes de mi vida.

—Vamos, Leandro,—añadió Julian.

—Para nada me necesitas: yo aun no he concluido,—contestó Leandro.—Si la debilidad de ese anciano no le permite andar por su pié hasta Madrid, mi jaca está á tu disposicion en el ventorro. Que Dios os dé suerte y procura que nos veamos mañana.

—¿Qué piensas hacer, Leandro?—preguntó Julian con recelo.

—Antes de poco lo sabrás,—contestó Leandro soltando una ruidosa carcajada;—pero aprovéchate de los momentos, que son preciosos.

—Vamos, doctor, vamos,—repitió Julian comprendiendo las intenciones siniestras de su amigo.

Y como notara que Samuel apenas podia andar, le cogió en brazos y salió precipitadamente de la habitacion.

Algunos momentos despues, Julian llegaba fatigado á la puerta del ventorro con el doctor en brazos.

Entró, le dejó sobre una silla y encendió el candil que colgaba de un clavo del hogar.

—Amigo mio,—dijo Samuel con vacilante acento,—hace tres dias que esos miserables me tienen sin comer, proporcióneme usted un poco de pan y un poco de vino para ver si se animan un tanto mis desfallecidas fuerzas y puedo llegar por mi mismo pié á Madrid.

—No hay necesidad de eso, señor doctor, tenemos un caballo á nuestra disposicion; pero bueno es tomar un poco de alimento cuando se siente el estómago desfallecido.

Julian puso un vaso de vino y un trozo de pan sobre la mesa, y mientras el doctor tomaba, con la precaucion del hombre que conoce el estado de su debilidad, aquel poco de alimento, él entró en la pequeña cuadra del ventorro y puso la silla y el cabezon al caballo, lo sacó á la puerta, lo ató á uno de los palos del emparrado y volvió á reunirse con el doctor.

—Cuando usted guste,—le dijo.

Samuel habia recobrado un tanto las perdidas fuerzas: montó á caballo, auxiliado por Julian, y éste, echándose la escopeta al hombro, tomó delante la vereda que conduce á Madrid, diciendo:

—Sigame usted sin miedo.

Julian dirigió entonces una mirada hácia la *Casa Blanca*: por sus ventanas abiertas se distinguia un gran resplandor. Lo comprendió todo, pero guardó silencio y continuó su camino.

Cuando se hallaba á doscientos metros de distancia, volvió la cabeza: las llamas comenzaban á salir por las ventanas, el viento se convertia en poderoso auxiliar del incendio.

CAPÍTULO V.

Un asociado de la secta de los purificadores.

Volvamos á encontrar á Leandro.

Al verse solo, una sonrisa de satisfaccion asomó á sus labios: habia llegado para él el momento sublime. Rey de la soledad, guardian de los muertos, podia, sin que nadie se opusiese, disponer de aquella casa á su antojo.

—Ahora,—se dijo,—terminemos la obra; pero antes no vendrá mal practicar un reconocimiento, aunque de sobra sé que en esta casa no se ocultan los tesoros de Creso.

Leandro registró los bolsillos de los dos cadáveres: en el de Bonifacio encontró una cartera y algunas monedas de plata, que se guardó inmediatamente.

Chamorro solo tenia una petaca vieja, un pañuelo de yerbas y una caja de fósforos. Leandro tiró estos objetos por el suelo con desprecio.

Luego, á favor de la linterna, recorrió la casa, y no

encontrando en ella nada de valor que mereciera la pena de guardarse, y además, comprendiendo que llevándose cualquiera de aquellos muebles, se comprometía, hizo un monton con ellos en medio de la sala, colocó debajo de estos un jergon de la cama del doctor y le prendió fuego.

Algunos minutos despues, los ámbitos de la habitacion se llenaron de humo, el aire se hizo poco respirable y Leandro abrió de par en par las ventanas que daban al campo.

Una ráfaga de viento penetró en la sala, convirtiendo instantáneamente aquel humo en llama.

Por un error de cálculo, Leandro no habia advertido que se encontraba contemplando su obra á la parte opuesta de la puerta.

Al principio no se apercibió de aquella circunstancia, que estuvo á punto de costarle bien cara.

La llama se dilató, se ensanchó, se estendió por las paredes, lamiéndolas con su lengua de fuego, convirtiendo aquella habitacion en un horno candente.

Leandro se reia contemplando los rápidos progresos del voraz incendio.

—El fuego lo purifica todo,—se dijo:—no hay nada mas bello; he oido decir que hubo un rey en la antigüedad que pegó fuego á Roma tan solo por el placer de contemplarla desde un punto elevado. La *Casa Blanca* no es una ciudad, es solamente un mal vecino á quien yo castigo como los asociados de la *secta de los purificadores*. Mañana podré vivir tranquilo, mañana este edifi-

cio, convertido en ruinas, permitirá á mis amigos que vengan á visitarme al ventorro del Canal.

En este momento crujieron las maderas del techo de un modo amenazador.

Leandro soltó una terrible carcajada, y abriendo de un puntapié la puerta que conducia al dormitorio del doctor Samuel, penetró en aquella pieza seguido de su perro, que aullaba de un modo desesperado.

Buscó precipitadamente y en vano la escalera que conducia á la cocina, y al verse encerrado entre aquellas cuatro paredes, comprendió entonces la equivocacion que habia padecido.

Una blasfemia terrible pronunció su boca y de dos saltos llegó á la puerta, en donde las llamas ya le cerraban el paso.

Colin, amedrentado, fué á ocultarse debajo de la cama del doctor, porque allí aun no habia llegado el fuego.

Leandro comprendió que el peligro era inminente: era preciso á toda costa atravesar aquella inmensa hoguera y llegar á la puerta que conducia al corredor.

Ni él mismo podia esplicarse la fatal equivocacion que habia padecido.

Oyó como en un sueño los lastimeros aullidos de Colin, que imploraba el auxilio de su amo.

Pero Leandro era hombre, y como tal, en el momento del peligro, se sentia poseido del egoismo.

Le espantaba la idea de ser víctima de su misma obra, y todas estas ideas, rápidas como el pensamiento,

le hicieron tomar una resolución enérgica y salvadora.

Leandro avanzó con valor hacia la hoguera, la cruzó impávido, despreciando el fuego, y medio asfixiado por el humo y por las llamas, pudo, por fin, llegar hasta la puerta.

Pero allí sintió desplomarse una cosa sobre su cabeza y un dolor sordo, profundo dentro del cráneo.

Luego le zumbaron los oídos y sintió un hormiguelo molesto en los ojos.

Era un trozo de viga que había caído sobre su cabeza: se llevó la mano á la parte dolorida y la retiró llena de sangre.

Este acontecimiento, afortunadamente para él, ni le desvaneció ni le acobardó.

Seguía avanzando, y venciendo no pocas dificultades, llegó á la escalera.

Durante este trayecto, la pistola con que había muerto á Bonifacio se le había caído de las manos; pero aun conservaba otra en el cinto, y se sentía con bastante valor para vender cara su vida, en el caso que alguno se hubiese interpuesto ante su paso.

Como hemos dicho, llegó por fin á la escalera y allí pudo respirar con algun desahogo.

Entonces se acordó de Colin y le llamó por tres veces, pero el animal seguía aullando á lo lejos, sin atreverse á cruzar aquel océano de fuego que le separaba de su amo.

Mientras tanto, las llamas, que no se detienen nunca cuando les queda algo que devorar, avanzaban como flexibles culebras hacia la escalera.

Leandro sentia un calor sofocante en todo su cuerpo: la sangre le chorreaba por el rostro y por la espalda.

—¡Ah! ¡debo tener una herida grande! no ha sido poca mi suerte. Aquí nada me queda ya que hacer: el techo no tardará mucho en desplomarse y tendria poca gracia que me cogiese á mí debajo.

Leandro bajó precipitadamente la escalera.

Al llegar á la cocina sacó un pañuelo del bolsillo, lo empapó con el agua que habia en un barreño y se lo puso sobre la herida, sintiendo al mismo tiempo un gran alivio.

Luego, cruzando los dedos, apretó el pañuelo con ambas manos sobre la cabeza y salió de la casa murmurando con acento triste:

—¡Pobre Colin! Esta noche será la última de tu vida.

Leandro salió de la *Casa Blanca*; á unos veinte pasos de distancia se detuvo y volvió la cabeza.

Las llamas salian como torrentes de lava por todos los huecos de las ventanas.

—Antes de mucho solo quedarán escombros y ruinas,—se dijo Leandro.

Y sonriéndose con satisfaccion, añadió:

—Por fin se realizaron mis deseos.

Poco despues entraba en el ventorro, y aunque no podia apreciar la condicion de la herida, se preparó un vendaje con algunos trapos, y empleando ese astringente tan comun en la gente *del bronce*, es decir, el vinagre y el agua, logró, despues de algunos momentos, contener la hemorragia.

Entonces se lavó lo mejor que pudo, se colocó de nuevo el vendaje, se echó al cuepo un vaso de vino y salió del ventorro á contemplar su obra.

El espectáculo era magnífico: la *Casa Blanca* no era otra cosa que una inmensa hoguera que despedía con fuerza millones de chispas que el viento hacia subir hácia el cielo con rapidez vertiginosa.

Los cerros de los Toriles, el Canal, el rio y los campos que rodeaban la casa á media hora de distancia, se hallaban iluminados por el incendio.

Sobre la inmensa hoguera, una colosal nube de rojo humo se cernía formando caprichosos giros.

De vez en cuando esta nube se inflamaba al contacto de las chispas y del viento, dejando ver en medio de su cenicienta inmensidad pequeñas y agudas llamas que titilaban entre el humo como fuegos fantásticos.

Leandro, con los brazos cruzados, iluminado su cuerpo por el resplandor del incendio, contemplaba aquel terrible espectáculo, obra de sus manos.

Tan embebedo se hallaba, que no se apercibió de que el fuego habia atraído á aquellos sitios otros espectadores.

Cuatro ó seis mujeres, ocho ó diez hombres habitantes de los caseríos inmediatos habian acudido á aquel sitio con el intento de prestar auxilio; pero conociendo su impotencia, se habian convertido en espectadores del fuego, comentando á su manera el caso.

Uno de ellos, que sin duda conocia á Leandro, le vió desde lejos y se acercó para trabar conversacion.

Leandro era el vecino mas inmediato á la *Casa Blanca*, él debía, por lo tanto, tener mas datos.

—¿Qué ha pasado aquí, Leandro?—le preguntó.

El dueño del ventorro, al oír una voz humana que le hablaba tan de cerca, se estremeció; pero serenándose al momento, se encogió de hombros y dijo con admirable serenidad:

—¿Lo sé yo por ventura?

—Sin embargo, se han oído dos tiros.

—Sí: eso me hizo dejar la cama, y en verdad que me arrepiento de mi oficiosidad, porque ya ves cómo tengo la cabeza.

—¡Calla! ¿Estás herido?

—Poco ha faltado para que no perdiera la piel en esa maldita casa: oí voces pidiendo socorro, y creyendo que podría serles útil, sin encomendarme á Dios ni al diablo, entré en la casa, que ya ardía que era un gusto. Afortunadamente, al llegar á la escalera me hizo conocer mi imprudencia un madero que me cayó sobre la cabeza, y retrocedí á tiempo, conociendo que no podía hacer nada para apagar el incendio.

—¿Quién diablos apaga eso?—repuso el campesino.

—Si tuviéramos, al menos, una de esas bombas que se emplean en Madrid cuando hay incendios...

—En Madrid hay remedio para todo, pero los que vivimos en el campo no tenemos mas auxilio que el de Dios.

—Dices bien, Leandro; por eso nosotros miramos el incendio con las manos cruzadas.

—¡Qué se ha de hacer! Esta noche le ha tocado á la *Casa Blanca*, Dios quiera que mañana no le toque á la tuya ó á la mia.

Poco á poco todos los espectadores fueron reuniéndose en un corro, y como comprendian lo impotentes que habian de ser sus auxilios para apagar el fuego, mientras las llamas devoraban la casa iluminando el campo, permanecieron formando deducciones sobre el incendio.

Por fin la voraz llama, harta de devorarlo todo, fué aminorando sus dimensiones.

La noche era desagradable, fria; el viento molesto, y los espectadores comprendieron que se estaria mucho mejor en sus camas que en el campo.

La curiosidad, medio satisfecha, abandonó el sitio de la catástrofe.

Leandro entró en el ventorro, cerró la puerta, se bebió otro vaso de vino y se acostó en su modesta cama.

Allí, auxiliado por la soledad tranquila de la noche, comenzó á hacer su composicion de lugar.

—Mañana,—se dijo,—vendrá la justicia á adquirir noticias. Yo seré uno de los primeros á quien interroque, por ser el vecino mas inmediato á la *Casa Blanca*: tengo, además, una herida en la cabeza y el rostro chamuscado; negar que he estado cerca del fuego seria una necedad digna de un aprendiz de presidiario. Los que podrian hablar no existen; Julian y el doctor Samuel callarán por la parte que les toca. Mi declaracion será

muy sencilla, y por listo que sea el juez, no es fácil que encuentre en mí complicidad en ese crimen. He oído dos tiros, una voz que pedía socorro, y dejándome llevar de un arranque de generosidad, he acudido á la *Casa Blanca* cuando ya la devoraban las llamas: al llegar á la escalera, me cerró el paso el desplome de una bovedilla que cayó sobre mi cabeza, abriéndome el cráneo; entonces tuve miedo de perecer entre las llamas y me eché fuera. Todo esto le diré al juez, y no creo que nadie se tome el trabajo de desmentirme. Ahora repongamos las fuerzas con el sueño.

Leandro cerró los ojos: algunos minutos después dormía tranquilamente.

El corazón de aquel hombre no conocía el remordimiento; la conciencia nunca le había inquietado con sus sobresaltos.

CAPÍTULO VI.

Donde el doctor Samuel llega á puerto de salvacion.

El doctor Mendez se hallaba en su casa tomando una taza de té á la una de la noche.

De vez en cuando dirigia una mirada al hermoso péndulo que colgaba de la pared de su despacho, y haciendo un movimiento característico con los labios, murmuraba en voz baja:

—¿Qué sucederá á estas horas en la *Casa Blanca*? Julian es terco como un aragonés, y yo he hecho mal en acceder á sus deseos, debia acompañarle. Es muy tarde.

Y luego, suspirando, tomaba otro sorbo de té y se ponía á dar paseos por la habitacion como el hombre á quien preocupa una idea ó devora la impaciencia.

Mendez habia dispuesto que un criado permaneciera en la portería toda la noche con la excusa de que esperaba á un amigo que debia llegar, ignorando la hora.

Cuando el reloj marcó la una y cuarto, el médico

creyó oír pasos en la antesala y él mismo se dirigió á abrir la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó á un criado.

—Julian el cazador acaba de llegar.

—¡Julian!—esclamó el médico.—¿Y viene solo?

—No, señor: le acompaña un caballero viejo á quien ha tenido Julian que bajar del caballo, porque, segun creo, está muy enfermo y muy débil.

Mendez no quiso saber mas: corrió hácia la escalera, y lanzando un grito, se arrojó en los brazos del doctor Samuel, que ya subia apoyado en Julian.

—¡Ah! ¡por fin,—esclamó,—le vuelvo á ver á usted!...

Y estrechando al mismo tiempo la mano del cazador, añadió:

—Julian, no olvidaré nunca el servicio que esta noche me has prestado.

Samuel, como si en aquel momento se hubieran agotado todas sus fuerzas, cayó sin aliento y fué preciso conducirle hasta el despacho de Mendez.

—No es nada, querido Mendez,—dijo Samuel;—mande usted que me den un poco de alimento, pues los infames me han tenido tres dias sin comer.

Mendez, altamente indignado, mandó que le sirvieran un caldo, un poco de gelatina y una pequeña copa de vino de Jerez; era preciso ir reponiendo poco á poco y con gran precaucion, aquel cuerpo en extremo débil.

Cuando Samuel se halló acostado, despues de tomar el primer alimento, se quedaron solos los tres, es decir, Mendez, el anciano y Julian.

—Ahora que se halla usted un poco repuesto, ahora que ya no corre peligro su vida, hablemos,—añadió Mendez.—¿Qué ha sucedido esta noche?

—Una gran desgracia, querido amigo,—contestó Samuel dirigiendo una mirada á Julian, que guardaba silencio,—pues por salvarme la vida, se ha cometido un doble crimen.

Mendez miró á Julian y éste bajó los ojos al suelo.

—Habla, Julian, ¿qué ha sucedido?

—Mis manos están limpias de todo crimen, no se han manchado con sangre; pero confieso que al penetrar en la *Casa Blanca* me sentía dispuesto á todo por salvar al recomendado de usted. Solo de ese modo podia probar mi agradecimiento al doctor Mendez.

Julian, á instancias de Mendez, hizo una relacion de todo lo que habia acontecido aquella noche, sin olvidar el menor detalle.

Cuando terminó el relato, los dos médicos guardaron silencio por un momento.

—El drama que acabas de contarme,—dijo Mendez,—pudiera tener fatales consecuencias, en particular para tí, que aun no has cometido ningun crimen ni puede remorderte la conciencia: ibas, sin embargo, con el que mató al hombre puesto en la *Casa Blanca* para custodiar á mi buen amigo el doctor Samuel. Sin embargo, vive tranquilo, Julian: tú me has prestado uno de esos servicios que no se olvidan nunca, y yo sabré librarte de todos los peligros que te amenacen.

—¡Bah! Me ocupo poco de eso, señor Mendez,—re-

puso Julian con acento risueño.—Creo haber cumplido con el deber de un hombre honrado salvando de una muerte segura á este pobre anciano; por lo demás, con la muerte de Chamorro y del desconocido creo que se ha perdido poco, porque solo la canalla, los hombres de malos sentimientos se brindan por dinero á desempeñar ciertas comisiones que no honran mucho por cierto. Yo por mí, sé decir á ustedes que si alguno me hubiese propuesto tener encerrado en una habitacion á un viejo indefenso hasta que se hubiese muerto de hambre, como trataban de hacer con el doctor Samuel, á buen seguro que mi respuesta no hubiera sido de las mas cariñosas.

—Sí, te creo, porque tú eres bueno, Julian, porque tú eres justo y honrado, y los hombres honrados rechazan siempre con indignacion las proposiciones vergonzosas y criminales.

Y cambiando de entonacion, añadió:

—¿Tienes mucha confianza en la prudencia y firmeza de carácter de Leandro el del ventorro?

—Por esa parte estoy tranquilo,—respondió Julian:—Leandro es un zorro astuto, muy acostumbrado á habérselas con la justicia, y no quedando mas testigos que el doctor Samuel y yo, de quienes él puede estar seguro, apostaria desde ahora á que no se le escapa una palabra que pueda comprometerle tanto como monta la punta de un alfiler.

—Eso es una gran ventaja en estas circunstancias; sin embargo, conviene que le veas y os pongais de acuerdo por todo lo que pudiera suceder mas adelante.

El doctor Samuel, que no habia tomado parte en la conversacion, sintiéndose algo mas repuesto con los saludables alimentos que acababa de tomar, dijo:

—Pero, ¿piensa usted, amigo Mendez, dejar en la oscuridad y en el silencio mas profundo el conato de homicidio que se ha cometido conmigo? ¿Deben dejarse sin castigo las infamias de ese hombre sin corazon, de ese padre desnaturalizado?

—Querido maestro,—repuso Mendez,—en esta sociedad hay enemigos para quienes muchas veces es impotente el rigor de los tribunales; ahora mas que nunca necesitamos de una gran prudencia, de una gran cordura.

—Sí, sí: yo ya sé que no es fácil que por delitos comunes vaya al patíbulo un grande de España, un general, un millonario; pero ha llegado la hora de que nos entendamos, de que caiga la máscara, de que la verdad brote con toda la esplendorosa luz de su luminosa frente. Ha pasado la hora de las contemplaciones, de la paciencia, del martirio: la tumba guarda una víctima; yo no quiero que se abra una nueva fosa para dar sepultura á la segunda. Daniel está amenazado de muerte.

—¡Cómo!—preguntó con asombro Mendez.

—Esa es una de las amenazas que empleaban para obligarme á transigir con el general, y esa era la gran pena, el inmenso dolor que sentia, privado como me hallaba de correr á su lado para prevenirle el peligro.

—Amenaza que solo envolvia el objeto de obligarle á usted á guardar el mas profundo silencio sobre esa

historia de lágrimas; pero que no puede realizarse porque la salud de Daniel está garantida por los buenos y leales amigos que le sirven.

—Sin embargo, un descuido, unas gotas de veneno introducidas en un medicamento... Es preciso que yo vaya inmediatamente al lado de Daniel.

—Lo que es preciso, querido maestro,—contestó con filial cariño Mendez,—es que usted recobre, con el descanso, las fuerzas perdidas. Yo respondo de todo: puede usted estar tranquilo, la vida de Daniel no corre el menor peligro.

Y dirigiendo la palabra al cazador de oficio, añadió:

—Tú, Julian, puedes retirarte también á descansar, y mañana no olvides el consejo que te he dado: procura ver á Leandro y ponte de acuerdo con él.

—Así lo haré, señor Mendez, y con doble motivo, pues tengo que devolverle su caballo, que es el que me ha servido para traer al señor Samuel.

—¿Y no veré esta noche á mi ahijado?—preguntó Samuel.

—No, maestro; pero le veré yo, que es lo mismo.

—Eso me tranquiliza.

—Ahora, á acostarse y descansar: tres días sin comer desfallecen el cuerpo mas robusto.

—Es que yo me siento completamente bien.

—Sí, sí, pero mañana se sentirá usted mejor.

—No insisto mas.

El doctor Mendez tiró del llamador de la campanilla.

Un criado se presentó á recibir órdenes.

—Conduzca usted á don Samuel á su habitacion y mande usted que enganchen el carruaje, tengo que hacer una visita.

Y volviéndose hácia el cazador, añadió:

—Adios, Julian; no olvides lo que te he dicho y ven mañana á las seis, si quieres, á comer conmigo.

Julian se puso en pié, pero antes de dirigirse hácia la puerta, demostró con una sonrisa que tenia algo que decirle á Mendez. Éste, que así lo comprendió, le dijo:

—Tienes algo que decirme, lo leo en tu semblante.

—Sí, señor.

—Habla, ¿qué te detiene?

El doctor Samuel habia salido de la habitacion siguiendo al criado: Mendez y Julian se hallaban solos.

—Hay ciertos hombres, señor Mendez, que no hacen nada de balde.

—¡Ah! Es verdad, me habia olvidado de las órdenes que te di. ¿Cuánto les ofreciste á los que te han ayudado?

—Á Chamorro trescientos duros; pero como ese ha muerto, nos ahorramos el pagarle.

—Siempre es una economía,—añadió Mendez sonriéndose.

—En cuanto á Leandro, ese estaba ajustado mas barato: tenia un vivo interés en tomar parte en el negocio y pegarle fuego á la *Casa Blanca*, que ahuyentaba los parroquianos de su ventorro. Le daremos cien duros y creo que ha de quedar contento.

Mendez abrió uno de los cajones de su pupitre y sacó de él cuatro mil reales en oro.

—Toma,—le dijo,—paga lo que sea necesario y cómprale con lo que sobre, un vestido á tu mujer y á tus hijos.

—¿Qué es esto, señor Mendez?—repuso Julian ruborizándose.—¡Me paga usted tambien mi trabajo!

—No, Julian,—añadió el doctor estrechando la mano de aquel hombre generoso y agradecido.—El servicio que acabas de prestarme no se paga con ese puñado de oro; yo quiero al doctor Samuel como á un padre, y hubiera dado todo cuanto poseo por salvarle. Vé tranquilo y no olvides que en mí encontrarás siempre un leal y buen amigo.

Julian guardó el dinero, porque no se sentia con valor para desobedecer á Mendez.

Al salir á la calle, cuando recibió el viento frio de la noche en el rostro, exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—Julian, tú acabas de hacer una obra meritoria; pero si la justicia se entera del caso, es muy probable que pagues caro el servicio que acabas de prestar al doctor Mendez.

Y haciendo un movimiento característico con los hombros, añadió:

—Despues de todo, estoy contento de mí mismo: el doctor Mendez salvó la vida á mi hija, yo he salvado la de ese viejo, á quien él quiere como un padre: puede decirse que estamos en paz; de lo demás Dios dirá.

Y torciendo por una calle inmediata, se perdió entre las sombras de la noche caminando á buen paso hácia su casa.

CAPÍTULO VII.

Donde Rosa es portadora de malas nuevas.

Cuando una novela llega al punto en que se encuentra *El manuscrito de una madre*, el autor vé delante de las puntas de su pluma muchos caminos que parecen decirle: «Sigue por aquí.»

Esto en el lenguaje técnico de los escritores se llaman *cabos sueltos*.

El lector no perdona nunca al autor el que se deje en el tintero uno de estos cabos; es preciso atarlos todos y hacer con ellos una madeja que lleve agradablemente entretenida la curiosidad hasta el final de la obra.

Si el novelista, con esa varita mágica que tiene á su disposición para librar de los peligros á sus personajes, para empobrecerlos, para enriquecerlos y para hacer de los tipos que pone en su fábula lo que en el lenguaje gráfico se llama *lo que le dé la gana*; si el autor, volvemos á repetir, en esa varita mágica pudiera reunir á todos sus lectores, muchas veces les diría:

«Caballeros, yo me encuentro en una situación grave, como la niña del cuento de las hadas, tengo ante mi vista varios caminos. ¿Cuál de ellos debo emprender para que vuestro interés no se enfrie y os sean mas amenas estas páginas que yo escribo para entretener vuestros ratos de ócio?»

Regularmente este *congreso* de lectores concluiría como el *rosario de la aurora*, porque no todos los que leen un libro tienen el mismo gusto en el paladar de la inteligencia, si se me permite esta frase, y mientras los unos pedirían con toda la fuerza de sus pulmones que el autor siguiera por el camino de enmedio, otros preferirían el de la derecha ó el de la izquierda.

Así pues, en esta vacilación en que me encuentro, y sin tener á mano ningún Aristarco infalible á quien consultar, voy á continuar mi historia, y perdona, lector querido, ó lectora simpática, si no la continúo á gusto de tus deseos.

Voy, pues, á poner ante los ojos de tu inteligencia á una muchacha de veinte primaveras, de color trigueño, con unos ojos negros como las moras en el mes de Septiembre, una sonrisa alegre y juguetona como el gorrión en la temporada del celo y un paso menudo y rápido como el de la perdiz.

Esta muchacha cruzaba por la Puerta del Sol en dirección á la calle del Arenal, á eso de las nueve de la mañana. Llevaba el velo de la mantilla echado sobre el rostro, pero no por eso los desocupados que ocupaban la acera dejaban de mirarla con codicia, mientras otros,

mas calientes de corazon, no podian contener esta esclamacion puramente española:

—¡Valiente mujer!

Y sabido es que en esta tierra clásica de los garbanzos no hay ninguna señora, por señora que sea, que porque le digan con toda la espresion y el acento del entusiasmo: *Valiente mujer*, no dé en estos casos las gracias de palabra ó con una sonrisa, y eso precisamente hacia nuestra matutina jóven, á pesar de lo preocupada que estaba.

La jóven llegó hasta la mitad de la calle del Arenal, y entrando en un portal lujoso, que no era otro que el de la casa del conde de la Fé, se detuvo delante de la portería y se levantó el velo de la mantilla.

—¡Hola, señorita Rosa!—le dijo el portero levantándose con el rostro risueño.—¿Usted por aquí otra vez?

—Sí, tengo necesidad de hablar con el señor Castro; ¿está en casa?

—Para usted está en casa siempre todo el mundo: ya sabe usted las órdenes que tengo del señor conde.

—Pero bien, ¿está en casa ó no el señor Castro?—preguntó con mal humorado acento la jóven.

—¡Válgame Dios, Rosita, no le permite usted á un hombre que se goce contemplando ese divino palmito que le refresca á uno el alma y le causa cierta alegría mas dulce que la miel sobre hojuelas!

—Señor Agapito, le prevengo á usted que no estoy para bromas, que tengo mucha prisa, que necesito ver inmediatamente al señor Castro.

—Entonces voy á avisar al instante.

Y el portero, colocando el dedo pulgar de la mano izquierda sobre el boton de una campanilla eléctrica, dijo:

—Puede usted subir cuando quiera, que ya encontrará la puerta abierta.

Rosa se dirigió precipitadamente hácia la alfombrada escalera, mientras el portero se inclinaba con maliciosa premeditacion, sin duda para ver la linda bota que oprimia el pequeño pié de Rosita.

Pero un suspiro triste como la impotencia dió á entender que no habia logrado su deseo.

Rosa llegó al cuarto principal, habló con el encargado de la puerta y fué introducida en una pequeña habitacion mientras se avisaba al señor Castro la llegada de la doncella de Clotilde.

Castro, que leia tranquilamente el *Diario de Avisos* tomando al mismo tiempo chocolate, no dejó de recibir con marcadas muestras de sorpresa el que Rosa le estuviera esperando.

Y era natural el asombro del secretario del conde de la Fé, porque hacia muy poco tiempo que Rosa y su señorita habian salido de aquella casa.

—¿Está usted seguro de que es Rosita la que me espera?—preguntó Castro al criado.

—Ya lo creo, señor,—contestó el criado sonriéndose con esa pachorra gallega proverbial en los hijos de la Suiza española.—Estoy tan seguro como de que mi padre se llamó Rufo y yo Rufino.

Castro, impaciente, comprendiendo que algo grave debía ocurrir, ni siquiera se permitió concluir el pocillo de chocolate y se dirigió precipitadamente á la habitacion donde le esperaba Rosa.

Ésta se habia sentado en una butaca, y como Penélope, pasaba el tiempo entretenida en desligar una punta de la cinta de su delantal.

—Pero, ¿qué es esto, Rosita? ¿Usted por aquí á estas horas?

—¡Ay, señor Castro de mi vida y de mi corazon!— contestó la doncella.—Como yo temia, tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel.

Castro puso una cara muy parecida á la del mono á quien le dan á morder un limon verde.

—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—Digo que nuestras escursiones matinales se han descubierto.

—¡Malo!

—Que el general lo sabe todo.

—Eso es peor.

—Que está hecho una fiera.

—¿De veras?

—Como que ha faltado poco para que en un arrebato de ira no me arrojara por el balcon.

—Lo cual no hubiera dejado de ser una barbaridad que habria podido costarle cara al señor general.

—Sí; pero por el pronto, mas cara me hubiera costado á mí. Afortunadamente se contentó con despedirme de casa y dirigirme un par de docenas de palabras duras.

—¿Á las que no daría usted oídos, por supuesto?

—Sí, para dar oídos estaba yo al verme delante de aquella fiera con el cabello erizado, con el rostro descompuesto, los ojos echando llamas y los puños cerrados en ademán amenazador.

—¿De manera que, según lo que usted me dice, ha habido un escándalo en la casa?

—Pero mayúsculo.

—¡Y el general habrá tenido un gran disgusto!

—Pero muy grande, señor Castro, muy grande.

—Me alegro; así como así, ya sabe usted que nosotros no nos proponemos otra cosa.

—Ya lo sé; pero mientras tanto, yo he perdido una buena casa, un buen acomodo.

—Las muchachas tan útiles, tan inteligentes como usted no están mucho tiempo desacomodadas; además, nosotros no hemos de ser tan inconsiderados que olvidemos los servicios que nos ha prestado. Hablemos de otra cosa. Sepamos cómo ha sabido el general que ustedes venían aquí.

—Porque nunca falta un Judas que la venda á una.

—Vamos, cuénteme usted al pié de la letra todo lo que ha sucedido,—añadió Castro con calma.

—Verá usted cómo sucedió. Ya he dicho á usted que algun Judas nos habia vendido: pues bien, cuando llegamos á casa, un criado me dijo que el general me estaba esperando. Yo temí algo, pero fui á verle. El general comenzó por amenazarme y yo tuve que confesar la verdad, es decir, que veníamos todas las mañanas á esta casa.

—Perdone usted, Rosita, pero fué usted demasiado fácil.

—¡Toma! Si hubiera continuado negando, de seguro que á estas horas me hallo en la cárcel de mujeres. Yo tuve miedo, lo confieso, y se lo dije todo.

—Bien; el mal ya está hecho. Adelante.

—El general me despidió.

—Lo cual siento infinito, pues nuestro asunto marchaba á pedir de boca.

—Yo comprendí que el marqués tendria alguna escena fuerte con la señorita Clotilde, como la habia tenido conmigo, y me dije: «Te convendria saber lo que le dice á su hija.»

—Tuvo usted un buen pensamiento que la reconcilia conmigo. ¿Qué hizo usted?

—¡Toma! con el pretesto de que tenia que encerrar mi ropa en el cofre, fui á ocultarme en el cuarto-tocador de la señorita Clotilde. Además, me parecia justo despedirme de ella.

—¿Y oyó usted?...

—El general entró en el gabinete de su hija y, con gran sorpresa mia, oí que le hablaba sin levantar la voz y como si estuviera muy tranquilo.

—No le hablaria de las escursiones matinales que habian sido la causa de que la despidiera á usted.

—Sí, señor, de eso le hablaba, pero con mucha dulzura, suplicándole que le dijera la verdad.

—¿Y qué decia la señorita Clotilde?—preguntó con impaciencia Castro.

—Acabó por confesarle que amaba á Daniel.

—¡Bravo!—esclamó Castro.—Y el general entonces se pondria como una fiera.

—No; continuó sereno.

Castro frunció el entrecejo, temiendo que el padre, para evitar peligros, le hubiera revelado á la hija el parentesco que tenia con Daniel.

—Es estraño, murmuró Castro.

—Tambien me pareció á mí inverosímil la conducta del general, sobre todo recordando el modo como se habia portado conmigo.

—Pero, ¿no le dijo nada?

—Le dijo que dispusiera el equipaje para emprender un viaje por el extranjero.

—¡Hola! teme y huye, esto no me disgusta; pero, ¿no le dijo nada mas?

—Nada mas.

—¿No le habló de la imposibilidad de casarse con Daniel?

—Nada le dijo, sino que lo dispusiera todo para un viaje.

—¿Y sabe usted á dónde van?

—Lo ignoro, porque el general no lo dijo.

—¡Lástima grande! pero yo lo sabré.

—Cuando se marchó el general, cuando la señorita se quedó sola, se dejó caer en un sofá y se puso á llorar.

—Lo cual nos prueba que siente en el alma la partida.

—¡Oh! y mucho.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¡Toma! porque entré á decirle á la señorita que su padre me habia despedido, y entonces ella me dió, llorando, un puñado de monedas, esta sortija como un recuerdo suyo y una carta para el señorito Daniel.

—¿Tiene usted la carta?—preguntó con gran alegría Castro.

—Aquí está,—contestó Rosa sacándola del bolsillo de la bata.

—¿Y sabe usted lo que le dice en ella á Daniel?

—Lo sospecho.

—No tiene usted precio. Veamos esa sospecha.

—La señorita me dijo al entregármela: «Rosa, mi padre me obliga á emprender un viaje por el extranjero; no sé dónde voy, no sé lo que tardaré en regresar á España, pero suceda lo que suceda, yo nunca olvidaré á Daniel. Toma, llévale esta carta de despedida y dile que me ame siempre como yo le amo.»

—¡Ah! ¡Verdaderamente ha sido una lástima que su padre nos haya vendido!—esclamó Castro,—porque con unos dias mas...

Y Castro, cambiando de entonacion, añadió:

—Tenga usted la bondad de esperar un momento. Voy á dar cuenta al señor conde de lo que sucede y luego entrará usted la carta á Daniel.

Y Castro salió precipitadamente de la habitacion.

CAPÍTULO VIII.

Donde el conde de la Fé dispone tambien su equipaje.

—¡Señor! ¡Señor!—dijo Castro entrando precipitadamente en el gabinete del conde.

—¿Qué diablos ocurre?—preguntó el escéptico aristócrata.

—Grandes novedades en casa del general Lostan.

—¡Hola, hola!—añadió el conde sonriéndose como Voltaire y frotándose las manos como un hombre satisfecho.—¿Qué es lo que pasa en el palacio de mi ilustre amigo el marqués del Radio?

—Sencillamente: que ha descubierto las escursiones de su hija.

—¿Y eso le alegra á usted?

—Sí, señor, porque el general tiene miedo y está disponiendo el equipaje para marcharse de Madrid con su hija.

El conde levantó la frente y arqueó las cejas.

—Y Clotilde, que ama con toda su alma á Daniel, ha confesado este amor á su padre.

—¡Y su padre!... — preguntó con reconcentrado acento.

—Su padre,—añadió Castro comprendiendo los temores del conde,—no ha tenido bastante valor para revelarle el terrible secreto á su hija, y se marcha, tal vez hoy mismo, con ella de Madrid.

—¿Y sabe usted á dónde van?

—Lo sabré.

—Mucha seguridad es esa.

—Espero ir en el mismo tren.

—Eso seria una ventaja.

—Pero me olvidaba decirle á usted que Clotilde ha escrito una carta de despedida para Daniel.

—¿Y dónde está esa carta?—preguntó con interés el conde.

—La tiene su doncella Rosa, á quien ha despedido el general indignado.

—Yo hubiera hecho lo mismo. ¿Y sabe usted lo que le dice Clotilde á Daniel en esa carta?

—Lo sospecho por las palabras que la hija del general le ha dicho á su doncella, encargándole se las repita á nuestro protegido.

—¿De manera que esa muchacha, segun parece, está perdidamente enamorada de mi ahijado?

—En cuanto á eso no debemos tener la menor duda.

—Sin embargo, ese amor tan firme, tan verdadero, que se halla en vísperas de atropellar por todo y de curar de espantos á Daniel, puede desvanecerse con una palabra y echar por tierra nuestros planes.

—Cierto; pero yo supongo que el señor conde tiene bastante talento y bastante dinero para evitar que esa palabra se pronuncie en los castos oídos de Clotilde ó bien en los de Daniel.

—Amigo Castro, acaba usted de decir una gran necedad.

—Lo siento, señor conde, porque ya sabe usted que no soy muy aficionado á ellas.

—En primer lugar, ni todo el talento de Moisés ni todo el oro de la reina Nicaulis evitarían que el general, en un momento de desesperación ó de miedo, revelara á su hija el fatal secreto que hace tantos años le quema el corazón.

—Pero eso no sucederá.

—Tengo también esa esperanza con respecto al general Lostan; pero, ¿quién puede asegurarme lo mismo tratándose del doctor Samuel, que, como usted sabe, se ha salvado milagrosamente, según la relación que nos hizo anoche Mendez?

—También he tenido yo mis temores sobre este particular y comprendo que es preciso, á todo trance, que el viejo médico no pronuncie la palabra sacramental.

—¡Oh! si la pronuncia, será un negocio completamente perdido, y por lo tanto he dado órdenes para que si se presenta el doctor Samuel no le dejen entrar en la alcoba de mi ahijado sin avisarme antes; pero calculo que el mejor medio para evitar peligros será el que yo me fugue de Madrid con Daniel tan pronto como sepa el paradero del general y su hija.

—Pero, ¿olvida usted, señor conde, que Daniel no se halla en disposición de emprender un viaje?

—¡Ay, amigo mio! Á los veinte años el amor hace milagros, y si Clotilde en su carta le dirige palabras tiernas y apasionadas, la curación del enfermo será rápida como las carreras de esas estrellas movibles que cruzan por la noche el firmamento.

—¿Y qué es en resúmen lo que cree usted mas conveniente? porque no hay tiempo que perder.

—Ante todo, que introduzca usted en esta habitación á Rosa: quiero yo mismo acompañarla hasta la alcoba de Daniel; luego mandará usted un hombre de su confianza que espíe noche y dia la casa del general, y por último, dispondrá usted el equipaje mio y el de Daniel, porque pudiera ocurrírseme emprender un viaje de un momento á otro.

—Pero el señor conde me permitirá que le diga que se ha olvidado de lo mas importante.

—El doctor Samuel callará, no han de faltarme razones para conseguirlo, y entre ellas el ofrecimiento que he hecho de nombrar heredero mio á su protegido; pero el tiempo corre y es muy precioso para nosotros: tenga usted la bondad de decirle á Rosa que la espero.

Castro salió á cumplir las órdenes del conde y éste se dirigió hácia la puerta para ganar algunos minutos.

Cuando la vió venir le dijo:

—Sígame usted, jóven.

Rosa siguió al conde; cuando llegaron á la antesala

de la habitacion que ocupaba Daniel, don Fernando volvió á decir:

—Tenga usted la bondad de esperarme aquí un breve instante.

Afortunadamente, Daniel se hallaba solo. Su amigo Julio de Monforte acababa de salir, dejando el cuidado del enfermo á un criado. Éste abandonó la alcoba á una indicacion del conde.

El semblante de Daniel estaba resplandeciente de alegría: su imaginacion, llena de dulces recuerdos, de hermosas esperanzas, llenaba de gozo su alma.

Hacia escasamente hora y media que habia estado Clotilde en aquella alcoba, estrechando su mano y dirigiéndole una sonrisa llena de amor y de ternura.

Daniel se encontraba en uno de esos momentos de inmensa felicidad en que el corazon se entrega á la vida de los recuerdos, en que se encuentra uno dispuesto á concederlo todo porque es dichoso.

Al ver al conde, se incorporó un poco en el lecho, y tendiéndole una mano, le dijo:

—Buenos dias, padre mio.

—Parece que estás contento.

—¡Oh! sí; tengo el alma llena de felicidad, porque Clotilde ha venido esta mañana á verme, como vino ayer, como vendrá mañana.

El conde agitó en señal negativa la cabeza.

Este movimiento, que no pasó desapercibido para Daniel, le hizo palidecer.

—¡Cómo! ¿Cree usted que no vendrá mañana?

- Mucho lo dudo, hijo mio.
- Pues yo tengo la seguridad de que vendrá, porque ella me lo ha ofrecido.
- ¿Y si no pudiera cumplirte la palabra?
- Daniel fijó absorto una mirada en el conde, y éste, sonriéndose cariñosamente, volvió á decir:
- Han sucedido grandes cosas en casa del general. Y como Daniel se estremeciera, el conde añadió:
- Ante todo, no quiero que te sobresaltes; tranquilízate: Clotilde será tuya, porque te ama con toda su alma.
- Pero bien, ¿qué ha sucedido? porque usted comprenderá que es en mí natural la impaciencia.
- Promete escucharme con tranquilidad, tener en mí confianza y te lo diré todo.
- Prometo todo cuanto usted quiera.
- En primer lugar,—añadió el conde con mucha calma,—debo participarte que el general ha sabido que su hija venia á verte todas las mañanas. Esto, como puedes suponer, ha sido causa de uno de esos altercados de familia siempre desagradables.
- Pero Clotilde...
- Clotilde, despues de oir las reconvenciones de su padre, reconvenciones que la pobre jóven no se esplica, le contestó sencillamente que te amaba con todo su corazon y que le era de todo punto imposible olvidarte.
- ¡Ah! ¡Bendita sea mil veces!—esclamó Daniel sin poder contener un arranque de su alma.
- Segun parece, olvidando el general que él debe

su engrandecimiento á la fortuna, le irrita la idea de que su hija dé la mano á un hombre que ignora á quién debe el sér.

Daniel se estremeció: siempre que se tocaba el origen de su nacimiento, heríanse todas las fibras de su corazón. Por eso el conde pronunciaba las palabras poco á poco y como si quisiera dejarlas caer una á una en el cerebro de su ahijado.

—El orgullo desmedido, la soberbia y la vanidad son condiciones muy frecuentes en esos hombres que desde la nada escalan altos puestos en la sociedad. El general, por ejemplo, olvida que hace veinte años era un pobre y modesto subteniente del ejército, y al verse hoy marqués y grande de España, no le basta para su hija un jóven honrado y digno, á quien yo, el conde de la Fé, de nobleza mas antigua y con una fortuna mas limpia y mas segura que la suya, doy el nombre de padre y pienso nombrar mi heredero.

El conde se detuvo un instante como para ver el efecto que causaban sus palabras, y como Daniel guardaba silencio, volvió á decir:

—Clotilde, sin embargo, no piensa de ese modo: alma pura, corazón generoso, inteligencia elevada, es una de estas organizaciones sensibles que responden á las impresiones que reciben; te ama por tí solo, como te amaria si fueses el hombre mas modesto y mas pobre del mundo. Su padre, que esto comprende, ha dicho: «Apelemos á la ausencia,» y tal vez hoy mismo abandone con su hija á Madrid.

—¡Se marcha! ¿Está usted seguro de ello, padre mio?—preguntó Daniel estremeciéndose.

—Y tan seguro como que te ha escrito una carta de despedida.

—¿Y tiene usted esa carta?

—No; pero la tiene la doncella de Clotilde, que espera en la antesala.

—¡Rosa!

—Sí: la pobre Rosa, que por servir lealmente á su señorita, acaba de ser despedida de casa del general poco menos que á golpes.

—¡El general!—murmuró Daniel haciendo rechinar de rabia los dientes.—¡El general! ¿No le ha bastado á ese hombre arrojarme de su casa, despreciar la sentida recomendacion de mi madre, que aun trata de romper en pedazos mi corazon y de matar mi felicidad! ¡Ah, si no fuera el padre de Clotilde!...

El conde comprendió que su ahijado no habia de mostrar grandes escrúpulos para seguir sus consejos.

—Pero Rosa podrá darte mas detalles de todo lo que ha ocurrido esta mañana en casa del general: voy á decirle que pase.

El conde salió de la alcoba y poco despues entraba Rosa.

Daniel, antes de dar tiempo á la doncella para que le dirigiera la palabra, le preguntó con precipitacion:

—Me ha dicho el conde que traías una carta para mí.

—Esta es,—contestó Rosa entregándosela.

Daniel estaba pálido, pero aquella palidez hermoseaba su franco y varonil semblante: rompió el sobre con mano trémula y comenzó á leer para sí lo que sigue:

«Daniel: tal vez hoy mismo abandone á Madrid. Mi padre así me lo exige, y es preciso obedecer. Ignoro dónde voy, como asimismo el tiempo que durará mi viaje; pero juro por el recuerdo de la desgraciada madre de usted, que bajo cualquier cielo que me halle, guardará un recuerdo mi memoria para usted, á quien tantas simpatías profesa mi corazón.

»Adios, Daniel; no olvide usted nunca á la que tanto le ama.—Clotilde.»

Daniel besó apasionadamente la carta, estrechándola luego contra su corazón.

Para el pobre huérfano aquel instante era el mas feliz de su vida. Clotilde le amaba, é invocando el nombre de su madre, hacia el juramento de no olvidarle nunca.

—Ven, Rosa, ven: cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Rosa, que se complacia en ganar amigos, refirió con algunas alteraciones oportunas la escena que pocas horas antes habia tenido lugar en casa del general Lostan, terminando con estas palabras, que causaron un indecible placer á Daniel:

—La verdad del caso, señorito Daniel, es que mi señorita Clotilde está perdidamente enamorada de usted, y yo, que la conozeo mucho, estoy segura de que serán en vano los viajes y las prohibiciones que emplee el

general. Para que la señorita le olvide á usted seria preciso que su padre la matara, y eso no lo espero de don Pedro, que, despues de todo, ama con delirio á su hija.

—Pero, ¿Clotilde no te ha indicado á dónde piensa llevarla su padre?

—Lo ignora completamente; buen cuidado tendrá el general de no decírselo hasta que esté á algunas leguas de Madrid; pero de lo que tengo una completa seguridad es de que mi señorita se alegraria infinito de que usted se tomara el trabajo de buscarla por el extranjero.

—¡Oh! sí, sí, la buscaré y la encontraré, aunque tenga que recorrer el mundo entero.

Rosa, que sabia perfectamente el papel que el señor Castro le habia repartido en aquella farsa, añadió:

—Yo he tenido un verdadero sentimiento al separarme de mi señorita: una jóven tan buena, tan cariñosa, tan sencilla; ¡si usted la hubiera visto cómo lloraba al separarse de mí esta mañana! Me cogió ambas manos, y mirándome con unos ojos que no los hay mas bellos en Madrid, me dijo con una entonacion que me hizo derramar abundantes lágrimas: «Rosa: yo no comprendo ni me esplico la tenacidad de mi padre en prohibirme que ame á Daniel; pero la mia en amarle no ha de ser menos. Si él quiere mi felicidad, ¿por qué me ordena que le olvide? Si él ambiciona la dicha de su hija, ¿por qué me prohíbe que sea suya? ¿Qué importan un puñado de oro en la gaveta y un título mas en el

escudo, cuando el corazon ama y el alma se conmueve al gemido de amor que nos envia otro corazon?»

Rosa, que era actriz sin saberlo, se enjugó dos lágrimas que sus mismas palabras arrancaban á sus ojos.

Daniel, mientras tanto, verdaderamente impresionado por la relacion de la doncella, se incorporó en el lecho, tiró del llamador de la campanilla y dijo:

—Quiero ver inmediatamente al señor conde.

CAPÍTULO IX.

Astucia y candidez.

Cuando el conde entró en la alcoba de Daniel, Rosa continuaba aun llorando.

El huérfano, sentado en el lecho, con la frente erguida, el rostro pálido, la mirada febril y los labios un tanto abiertos por la emoción, al ver á don Fernando que se acercaba al lecho sonriéndose, le dijo con una voz entera y firme, que causó un placer inefable al viejo aristócrata:

—Padre mio, me siento bien, ó por mejor decir, estoy completamente restablecido: la herida se halla casi cicatrizada y he recobrado las perdidas fuerzas. Tengo, por consiguiente, que pedir á usted un favor, del que depende toda la felicidad de mi vida.

El conde comprendió lo que Daniel iba á decirle, y haciéndole una seña con la mano para que tuviera un poco de paciencia, dirigió la palabra á Rosa.

—Querida jóven, puesto que por culpa nuestra ha

perdido usted una colocacion ventajosa en casa del general Lostan, yo lo tendré presente y espero no tendrá usted motivos para juzgarme poco considerado. Veo que los acontecimientos que han tenido hoy lugar la han afectado á usted: puede retirarse á descansar y volver cuando guste á recibir el premio de sus servicios.

Rosa salió de la alcoba gimoteando; pero no debe preocuparnos su llanto, porque era engañoso y falso como el del cocodrilo.

—Ahora que estamos solos,—dijo el conde,—habla todo cuanto quieras, hijo mio, con la seguridad de que mi mayor placer será darte gusto en todo.

—Padre mio, si usted me ama como ha dicho tantas veces, si usted quiere hacerme el hombre mas feliz del mundo, es preciso que me consienta salir esta misma noche de Madrid.

—¿Estás loco, Daniel? ¿Olvidas que aun te hallas en la convalecencia, que podria costarte cara una imprudencia de esa naturaleza?

—He dicho á usted que estoy completamente bueno y tengo la seguridad de que muchos, muchísimos viajarán con menos condiciones de salud que yo.

—Tambien eso es cierto; pero yo no me atreveria á darte mi consentimiento sin que antes lo autorizara el médico.

—El médico, padre mio, dirá con usted que este viaje es una imprudencia; pero es que el médico no sabe el estado de mi alma, la inquietud de mi corazon.

—Pero bien, ¿qué es lo que tú te propones?

—Partir esta noche.

—¿Á dónde?

—Á donde vaya Clotilde.

—¿Y sabes tú, por ventura, el itinerario que vá á seguir el general?

—¡Ah, si lo supiera!

—Ese es el primer obstáculo en que tropezamos para dejarte emprender el viaje que deseas.

—¡Ah! sí, sí: comprendo que es difícil encontrarle; pero un hombre jóven, alentado por el amor, vence grandes dificultades.

—Vamos, Daniel, tranquilízate,—añadió el conde sonriéndose,—recobra la calma y adquiere un poco de dominio sobre tí mismo, pues tal vez antes de mucho podré demostrarte que no en balde me das el nombre de padre.

Y el conde, acercándose al lecho y cogiendo una de las manos de Daniel, le dijo en voz baja, pero intencionada:

—Desde el momento en que decidí prohijarte, conociendo las bondades de tu corazón, mi único afán ha sido hacerte feliz. Yo no olvido nunca todo aquello que pueda serte grato y agradable, y por eso á estas horas tengo en acecho un hombre en la casa del general Lostan: ese hombre le espíará como su sombra y ese hombre nos evitará el que vayamos viajando por Europa á tontas y á locas.

Daniel exhaló un grito de alegría, y apoderándose de las manos del conde, las cubrió de besos y de lágrimas.

—Vamos, vamos, hijo mio, no hay motivo para tanto: accedo á tus peticiones, pero con la condicion de que yo he de acompañarte en tus viajes.

—¡Usted!

—¿Qué diablos quieres que haga solo en Madrid? Ya me he acostumbrado á oírte, á verte, á amarte, y los viejos somos muy malos para perder nuestras costumbres. Así pues, emprendaremos el viaje juntos: le seguiremos por donde quiera que vaya, aunque sea al fin del mundo; esta tenacidad mantendrá vivo en el corazón de Clotilde el amor que te profesa; pero óyeme y consérvalo bien en tu memoria, Daniel: cuando la ocasión se presente, cuando el amor burle en un momento oportuno la vigilancia paternal, es preciso que te aproveches de ese momento si no quieres ser el hombre mas desgraciado de la creación, si no quieres vivir eternamente hastiado de tí mismo.

—Sí, sí: juro que Clotilde será mia, y juro asimismo seguir al pié de la letra los consejos que usted, el hombre que mas me ama en el mundo, me ha dado tantas veces.

Los ojos del conde brillaron como los de la hiena cuando mira la presa al alcance de sus mandíbulas.

—Ahora, hijo mio, te recomiendo mucha cautela, mucha reserva en este asunto; que nadie, absolutamente nadie, sepa nuestro proyectado viaje. Todos lo tendrían por una imprudencia, por una temeridad, por una osadía, y yo, hombre de razón y de experiencia, me vería obligado á desoír tus súplicas y negarte lo que me pides: fia en mí y tranquilízate. Ó yo puedo poco, ó he de saber á dónde se dirige el general con su hija. Cuando esto suceda, partiremos inmediatamente, sin que nadie

lo sepa. Sé que esta fuga inesperada me costará reñir con el doctor Mendez, que me tachará de viejo imprudente; pero, ¿qué me importa á mí la opinion de los hombres si tengo tu cariño y tu agradecimiento?

Daniel hubiera querido en aquel momento hacer el sacrificio de su vida para probar al conde el inmenso amor que le profesaba.

—¡Ah! ¡yo nunca podré pagar tantos favores!—esclamó Daniel.

—Lós hijos pagan los favores y sacrificios de los padres con un poco de amor, y yo sé que tú me amas. No hablemos mas de este asunto; estoy satisfecho de mí mismo, porque he sido precavido hasta el punto de tener dispuesto tu equipaje y el mio, para no retardar ni un solo segundo la marcha. Vuelvo, pues, á recomendarte muchísima prudencia, que nadie sospeche nuestro plan de espedicion.

—¡Oh! Por egoismo propio, á nadie he de revelar nuestro proyecto. Pero, ¿ese hombre que ha puesto usted para celar los pasos del general?...

—Ese hombre me avisará inmediatamente todo lo que ocurra, y si es preciso, viajará en el mismo tren, en el mismo carruaje que el general.

—¿Tiene usted confianza?

—Como en mí mismo.

Aquí llegaba la conversacion de los dos interlocutores cuando la voz de un criado dijo desde la antesala:

—Señor conde, ¿dá V. E. permiso para entrar?

—Adelante: ¿qué quieres?

El criado avanzó hasta la alcoba y presentó al conde una tarjeta en una pequeña bandeja de plata.

Apenas don Fernando fijó los ojos en el nombre litografiado de la tarjeta, cuando se estremeció de un modo notable y brillaron sus ojos con un goce satánico.

Para que Daniel no comprendiera la emoción que en aquel instante experimentaba, se volvió de espaldas al lecho, y dijo dirigiéndole la palabra al criado:

—¿Dónde está este caballero?

—Espera en el salón.

—Bien: dile que voy al instante.

El criado salió. El conde, volviéndose hacia Daniel, ya completamente sereno, dijo:

—Voy á dejarte por un momento; tengo una visita en el salón. No olvides todo cuanto te he encargado, pues de ello depende el que se lleve á cabo el viaje que deseas.

Y el conde, estrechando la mano de Daniel, salió de la alcoba.

Al llegar á la antesala se detuvo delante de un espejo, se miró un momento en aquella clara luna de Venecia y dijo hablando consigo mismo:

—Cuando el señor general Lostan se atreve á visitarme, la cuestión debe ser grave. Es preciso, pues, presentarse con el semblante sereno y el espíritu tranquilo. Veamos qué se le ocurre al noble padre de mi protegido Daniel.

Y el conde, después de arreglarse la corbata y dirigir una mirada á su traje negro, se encaminó con reposado paso hacia el salón.

CAPÍTULO X.

Frente á frente.

Aquella mañana habia sido terrible para el general Lostan; las noticias trasmitidas por su ayuda de cámara Santiago, el descubrimiento de las escursiones matinales de su hija y las duras y crueles reconvenciones de la marquesa habian puesto su espiritu en un estado de terrible exaltacion.

La cólera, la rabia rebosaba en su alma, y don Pedro tenia necesidad de descargarla sobre alguien.

Le habia faltado el valor ante su esposa, ante su hija; pero no esperaba que le sucediera así al verse frente á frente del conde de la Fé.

El general tenia la persuasion de que el conde era su ángel malo, pero un ángel temible, poderoso, que podia hundirle en el abismo de las desesperaciones.

Hacia mucho tiempo que abrigaba esta sospecha; pero jamás se habia resuelto á convertirla en evidencia, en realidad.

El día que nos ocupa, acosado por sus remordimientos, por las titánicas luchas que mantenía consigo mismo, próximo á emprender un viaje que mas bien era una fuga vergonzosa, ignorando el paradero de una de sus víctimas, el doctor Samuel, tomó por fin la enérgica resolución de ir á buscar al conde de la Fé y proponerle, si las circunstancias se lo exigian, que se batiera con él por cuarta vez.

El general tenía un genio vivo, fuerte, violento; no olvidaba nunca la costumbre de mandar soldados y el despotismo de los cuarteles.

En cambio, el conde de la Fé era uno de estos nobles de rancia ejecutoria que no olvidan [nunca lo que se deben á sí mismos, que rinden culto á los blasones de su escudo, que sin abandonar nunca el orgullo de raza, se baten con la sonrisa en los labios y dirigiendo un saludo de urbanidad á su contrario.

El general se paseaba impaciente por el salon, cuando un criado, levantando la ancha y pesada cortina de terciopelo que cubria la puerta, anunció con voz clara á su amo, diciendo:

—S. E. el señor conde de la Fé.

El general, que en este momento se hallaba de espaldas á la puerta, se volvió rápidamente, quitóse el sombrero, que aun llevaba puesto, y apoyándose en el respaldo de un ancho y antiguo sillón, dirigió una mirada hácia el sitio donde se habia oido la voz.

El conde avanzó con sereno semblante y tranquilo paso hasta el sitio en que se hallaba el general.

Los dos permanecieron mirándose algunos segundos: por fin el general dijo:

—Comprendo, señor conde, que debe estrañar á usted mucho verme en su casa.

—Sí, caballero, me estraña, pero no lo suficiente para que yo me vea privado de darme por ello la enhorabuena.

—Si no temiera ofender la susceptibilidad—añadió el general sonriéndose—de una persona de tan elevada inteligencia y tanto entendimiento como usted, me atrevería á dudar de la buena fé de sus palabras.

—Señor general,—repuso el conde inclinándose respetuosamente,—con toda esa inteligencia, con todo ese entendimiento que usted me supone, confieso que no comprendo por qué duda usted de la sinceridad de mis palabras.

—Porque el conde de la Fé no puede olvidar nunca la historia que en otro tiempo le unió al general Lostan.

—El conde de la Fé, caballero, ha olvidado mucho desde el dia en que su cabeza comenzó á llenarse de canas, en que se enfrió el fuego de las pasiones en su corazon y comenzó para él la edad de la calma y la reflexion.

El general se sonrió de un modo impertinente, pero esta sonrisa no conmovió ni un solo músculo del semblante de don Fernando.

—Sin embargo, caballero, yo tengo motivos para creer que el conde de la Fé no ha olvidado.

—En ese caso yo los debo tener para tacharle á usted de injusto.

Y don Fernando, levantando la frente en ademán altanero, añadió con acento grave:

—Si el conde de la Fé no hubiera olvidado, si en su corazón existiera la mezquina idea de la venganza, hace muchos años que con una sola palabra se hubiera vengado.

El general hizo un brusco movimiento como si se le hubiera inferido una herida en el rostro, porque las palabras del conde tenían para él una lógica terrible.

—Recuerde usted, general,—añadió el conde aprovechándose de las ventajas que iba adquiriendo,—que hace muchos años soy poseedor de un secreto, que ese secreto está sepultado en el fondo de mi corazón y que nunca ha asomado á mis labios; y no recuerdo esto porque usted me lo agradezca, sino para probarle que los de mi raza cumplen siempre sus palabras y no faltan jamás á sus juramentos.

El general se llevó la mano á la frente: parecía como que se hallaba aturdido en presencia de aquel hombre débil, enfermizo y á quien tan fácil le hubiera sido despedazar entre sus manos.

Pero aquel hombre acababa de arrojarle al rostro una gran verdad, una reconvención abrumadora.

¿Con qué derecho, pues, iba á su casa á dudar de sus palabras, tal vez á ofenderle, á provocarle, cuando con tanta religiosidad había guardado el secreto que era para él de vida ó muerte?

Por la acalorada mente del hombre mas arrebatado, mas irascible, cruza de vez en cuando una idea de justicia que le detiene, que le afea su proceder, que le humilla con sus reconvenciones.

Hubo un momento en que el general se arrepintió de haber pisado las alfombras de aquella casa, pero este momento pasó, se desvaneció como esas sombras quiméricas que nos amedrentan sin fundamento en una noche de insomnio.

Repuesto un tanto, nuevas ideas cruzaron por la mente del general; recordó la proteccion que el conde prestaba á Daniel, y esta proteccion, que, segun sus cálculos, no debia ser otra cosa que un plan combinado por su eterno enemigo para vengarse sin faltar á sus palabras, infundió nuevos ánimos á su pecho.

—Efectivamente, señor conde,—añadió el general:—usted me ha cumplido su palabra, usted ha guardado mi secreto. Seria yo un hombre injusto si no lo reconociera; pero yo tengo mis razones para dudar y he venido aquí para esponerlas, para que se me conteste franca y categóricamente.

—¿Dudar? ¿y de qué, general?—preguntó el conde sonriéndose de un modo sarcástico.

—Procuraré explicarme, pues no vengo á esta casa en son de guerra, sino con la rama de olivo en la mano ofreciendo la paz á su dueño.

—Paz que yo acepto anticipadamente antes de saber las condiciones que se me imponen.

El general se veia precisado á violentarse para que no

estallase todo el ódio, toda la tempestad que rugia en su alma.

—Y yo seria injusto,—añadió,—si no reconociera que usted, señor conde, ha guardado por espacio de muchos años el importante secreto que la casualidad le confió; pero despues de ese silencio, que yo agradezco y admiro, es inesplicable la conducta que viene usted observando de algun tiempo á esta parte. Daniel ha encontrado en el conde de la Fé un protector decidido, un protector casi inverosímil; es cierto que usted no le ha dicho: «El general Lostan es tu padre;» pero, ¿quién sabe si eso hubiera sido preferible á todo lo que sucede desde el dia en que Daniel vino á vivir en esta casa?

—El señor general creo que no tendrá las pretensiones,—añadió don Fernando,—de convertirse en fiscal de mi conducta. Un dia llamó á las puertas de mi casa un jóven pobre, huérfano, desvalido: ese jóven venia á presentarme una carta de su madre, y yo, obedeciendo los impulsos generosos de mi corazon, le tendí una mano protectora: si el general Lostan le cerró las puertas de su casa, si le despidió de ella negándole su proteccion, culpa no es mia.

—Pero esa proteccion que usted presta á Daniel no es la del hombre generoso que se compadece ante las desdichas de un hombre desvalido; envuelve una segunda intencion, y yo, violentando mi carácter, he venido aquí á saber la verdad.

—En otro tiempo,—añadió el conde con una serenidad que admiraba al general,—yo hubiera contestado á

las preguntas, que bien puedo llamar oficiosas, de otro modo; pero voy siendo viejo, señor don Pedro, y ha pasado para mí la época de las quijotadas. Yo protejo á Daniel porque me lo recomendó su madre antes de morir y porque aquella infeliz mártir me prestó un señalado servicio que un hombre de honor no debe olvidar nunca.

—Acabemos, señor conde,—añadió el general con acento algo descompuesto.—Usted protege á Daniel, usted alienta el amor que ha sentido por mi hija, porque una venganza terrible germina en su mente.

—Si eso es cierto,—repuso el conde sonriéndose,—basta una sola palabra de usted para destruir todos mis planes de venganza.

—Pero esa palabra yo no puedo pronunciarla.

—¡Ah, señor general! es preciso ser lógicos en este mundo; si usted no puede pronunciar esa palabra, si usted no se atreve á decir á Daniel: «Esa mujer á quien amas es tu hermana.» ¿qué diablos quiere usted que haga yo? El amor, amigo mio, no se funda nunca en la razon, sino en el entusiasmo, tal vez en la locura: de poco ó de nada serviria que yo aconsejara á Daniel que olvidara á Clotilde, puesto que al preguntarme la razon de mi empeño no podria decirle la verdadera causa que me obligaba á darle semejante consejo; ¡pero si usted me autoriza para decirle que es su hijo...

—¡Oh! ¡eso nunca! ¡eso jamás!

—Entonces no comprendo lo que usted desea.

La situacion del general era cada vez mas grave, mas embarazosa.

Durante algunos segundos permaneció como aturdi-
do: las palabras del conde tenían una fuerza de lógica
irresistible.

Don Pedro había dado un paso en falso, pero ya le
era imposible retroceder.

En el fondo de su alma se arrepentía de haber ido á
aquella casa á pedir esplicaciones al conde de la Fé, por-
que al pedir las se sentía herido con sus propias armas.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para dominarse y
añadió:

—Usted sabe, señor conde, que altas razones de
familia me obligan á guardar silencio, pero usted sabe
tambien que Daniel, sin la proteccion generosa del con-
de de la Fé, no se hubiera atrevido nunca á fijar sus
ojos en la hija del general Lostan.

—Permítame usted que le diga que eso es solamente
una suposicion de usted. ¿Cuándo dos jóvenes para amar-
se con delirio se han ocupado de la desigualdad de sus
fortunas? La historia nos presenta mil ejemplos para
demostrarnos que el amor verdadero no repara en el in-
terés: con mi proteccion y sin ella Daniel y Clotilde se
hubieran amado.

—Usted sabe que no, señor conde: Daniel al verse
desamparado hubiese vuelto á su aldea.

—Daniel, al llegar á mi casa, había visto ya á Clotil-
de y sentido brotar la primera chispa de amor en su alma.

—Concluycamos, señor conde. ¿Está usted resuelto
á proteger á Daniel?

—¿Quién lo duda? Pienso nombrarle mi heredero.

—Entonces ha terminado nuestra entrevista.

Y como el general pronunciara estas palabras con enérgica entonacion, en la que podia verse alguna amenaza, el conde repuso:

—Supongo, señor general, que mi negativa no será un motivo para que usted continúe siendo mi enemigo irreconciliable.

—Caballero: en otro tiempo hubiera terminado esta cuestion proponiéndole á usted un duelo; hoy dariamos lugar á un escándalo, y, lo conozco, sin grandes resultados para mí. Me alejo, pues, de esta casa llevándome la profunda conviccion de que la generosidad del conde de la Fé envuelve una venganza; pero procuraré librarme de ella.

Y el general, saludando, salió del salon en donde poco antes habia entrado con la esperanza de reconciliarse con el conde.

Todos los caminos se cerraban para aquel hombre; comprendia que las súplicas, como asimismo las amenazas, eran inútiles, y resolvió huir con su hija, evitar el gran peligro que le amenazaba y permanecer algun tiempo en el extranjero, hasta que aquel amor que le aterraba fuese apagándose en el alma de Clotilde.

El condé vió salir al general sin detenerle; una sonrisa desdeñosa asomó á sus labios, y, encogiéndose de hombros, murmuró en voz baja estas palabras:

—Verdaderamente el general es un hombre digno de lástima; ha venido á verme violentándose y ni ha podido decirme lo que quiere. Estoy seguro que apelaré á la fuga. ¡Qué diantre! viajaremos todos y asunto concluido.

CAPÍTULO XI.

La despedida.

Mientras tanto, Blanca, la hermana de Julio de Monforte, habia acudido á ver á su amiga Clotilde, y ésta, aprovechando la ausencia de su padre, se habia encerrado en su gabinete con aquella compañera predilecta de su corazón.

Blanca se arrojó en los brazos de su amiga, y despues de estrecharla con cariño contra su pecho, le preguntó con acento conmovido:

—Pero, ¡Dios mio! ¿Es verdad lo que me dices en tu carta?

—Sí, Blanca; me marcho quizás hoy mismo.

—Pero ¿ese viaje tan inesperado, tan repentino?...

—Mi padre así lo ha dispuesto,—murmuró Clotilde exhalando un suspiro.

—¿Acaso estás enferma y los médicos te aconsejan cambiar de aires?

—No, Blanca; otra es la causa de este viaje repentino.

—Supongo que no tendrás secretos para mí.

—Te amo como á una hermana; te he escrito porque tenia necesidad de darte un adios de despedida; ignoro á dónde voy, ignoro asimismo el tiempo que durará esta separacion. Mi padre ha resuelto que abandone Madrid porque cree sin duda que con la ausencia se borrarán de mi alma recuerdos que están profundamente grabados; esto es un error, Blanca: error que va á costarme muchas lágrimas y que me privará por algun tiempo de ver á las personas que me son queridas.

Y Clotilde, reclinando tristemente la cabeza sobre el pecho de su amiga, añadió:

—¡Ah! Parece increíble el cambio que de algun tiempo á esta parte observo en mi padre: antes se desvelaba por complacerme, satisfacía hasta mis mas absurdos caprichos, y hoy, airado y ceñudo, emplea conmigo la amenaza y se propone arrancar de mi corazon un imposible.

Blanca escuchaba á su amiga con los ojos llenos de lágrimas; ella no ignoraba la causa de aquel viaje; ella, que amaba tambien á Daniel y que hubiera sacrificado su vida por labrar la felicidad de su amiga.

—Escucha, Blanca, — añadió Clotilde, procurando serenarse:—mi viaje está resuelto, ignoro á dónde voy, pero tengo la evidencia de que partiré hoy mismo: Daniel se halla aun convaleciente y me será de todo punto imposible verle porque me espian por todas partes. Pero tú le verás, Blanca, ¿no es verdad que le verás?

—Haré cuanto me mandes.

—Pues bien; dile que la ausencia no borrará su nombre de mi memoria ni su amor de mi corazón; que parto, porque á una hija solo le toca obedecer; que no me olvide y que espere resignado el momento en que yo pueda indicarte á tí mi paradero; que al saber mi ausencia no se entregue á la desesperación ni abrigue desconfianza: le he jurado ser suya y cumpliré mi palabra.

Los sollozos ahogaron en la garganta de Clotilde sus palabras.

El amor, dormido durante mucho tiempo en el hermoso corazón de aquella jóven, se habia despertado grande, potente.

Clotilde no podia comprender las exigencias tiránicas de su padre, y si bien se resignaba como hija obediente, era protestando en silencio desde el fondo de su alma de aquel viaje para ella inexplicable.

Blanca, comprendiendo la profunda pena que affigia á su amiga, añadió:

—Yo, en tu lugar, me arrojaría á los piés de tu padre y se lo diría todo.

—Lo sabe; todas mis súplicas, todos mis ruegos serian en vano: los rechaza con una dureza impropia de su carácter y del amor que me profesa.

Y Clotilde, estrechando con cariño una de las manos de su amiga, añadió:

—En esta tenacidad de mi padre hay indudablemente algun misterio que no puedo descubrir. En otro tiempo, cuando yo era una niña, solia decirme con frecuencia: «mi único anhelo es tu felicidad, Clotilde. Cuando

llegue para tí la edad de las pasiones, yo aceptaré el hombre que elija tu corazón, reservándome el derecho de darte los consejos que crea oportunos.» Esa edad ha llegado, yo amo á Daniel, y mi padre me ha dicho: «ese amor es imposible; olvida á ese hombre.»

Clotilde guardó silencio: durante algunos segundos aquellas dos jóvenes hermosas y poetizadas por el dolor que afligia sus almas, permanecieron en silencio cogidas de las manos.

Aquel mutismo tenía una elocuencia poética, pues podía decirse que eran dos almas que se comunicaban sus impresiones con las miradas.

Clotilde nada más tenía que decir á su amiga; se lo había confiado todo y esperaba resignada la hora de la partida que, según ella, no debía hacerse esperar mucho.

De repente la fisonomía de Blanca se reanimó como si hubiera cruzado por su imaginación alguna idea salvadora.

—Arrójate á los piés de tu madre,—le dijo;—tal vez de ella consigas lo que el general te niega.

—Imposible, Blanca, imposible: no conoces á la marquesa del Radio; su orgullo es indomable y jamás consentiría en que su hija fuera la esposa de un joven que ni aun conoce el nombre de su padre.

—Lo he meditado todo,—continuó Clotilde,—y no me queda otro recurso que resignarme á mi suerte y partir.

Aquí llegaba la conversación de las dos amigas, cuando llamaron á la puerta, y al mismo tiempo una voz dijo desde fuera:

—Abre, hija mia: soy yo.

—Es mi padre,—repuso Clotilde en voz muy baja:— es preciso que no te encuentre aquí: ó espérame en mi alcoba ó vete por la puerta de escape.

Clotilde acompañó á Blanca hasta la puerta de la alcoba, y dándole un beso silencioso en la frente, murmuró:

—Adios, amiga mia: no me olvides.

Luego se dirigió á la puerta del gabinete y la abrió.

El general, triste, meditabundo y pálido, penetró en la habitacion dirigiendo en derredor suyo miradas recelosas.

—¿Estabas sola? preguntó.

—Sí, padre mio.

—Creia haber oido...—volvió á murmurar en voz baja el general.

Y se puso á dar paseos por la habitacion como si no se atreviera á continuar la frase.

De repente se detuvo, quedóse inmóvil y con la mirada fija en Clotilde, y dijo:

—Supongo que te hallarás dispuesta para partir esta misma tarde.

—Solo espero tus órdenes.

Aquí hubo otra pausa. El general parecia sentir una gran violencia y procuraba disimular el estado de su espíritu, dando paseos por el gabinete.

Clotilde, sentada en un sofá, inmóvil y con la vista fija en el suelo, parecia la estatua del dolor resignada al sacrificio.

.

Tres horas despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, Castro entró precipitadamente en el despacho del conde de la Fé y dijo:

—El general Lostan y su hija Clotilde han abandonado esta tarde á Madrid, saliendo en el *express* del Norte.

—¡Ah! Entonces irán á Francia,—añadió el conde.

—Es indudable; pero una vez en Francia, pueden dirigirse á muchos puntos.

—¿Quién lo duda? pero no es de suponer que al marqués del Radio se le ocurra ahora la humorada de convertirse en un judío errante, sin detenerse jamás en ninguna parte.

—Supongo lo mismo, y por eso he dispuesto que en el mismo tren viaje una persona que, sin infundir sospechas, nos vaya enterando del itinerario que sigue el señor general.

—Es usted, como siempre, un hombre precavido.

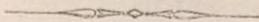
—Muchas gracias, señor conde, por la lisonja.

—¿Y cuándo tendremos carta de ese ingenioso espía?

—Espero tenerla cada veinticuatro horas.

—Entonces partiré yo con mi ahijado mañana, antes que el doctor Samuel cometa una imprudencia y destruya con ella mis planes. Voy, pues, á preparar á mi protegido.

Y el conde, abandonando el despacho, se dirigió á la habitacion en que se hallaba Daniel.



IMPRESION NOTABLE EN BRUNO

LAS

FÁBULAS DE ESOPHO.

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

PRESENTE EN UN ÚNICO VOLUMEN CON UN PRÓLOGO
DONDE SE EXPLICAN LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS VERSIONES
DE LOS AUTORES GRIEGOS Y ROMANOS.

POR EDUARDO EL MIER.

BARCELONA DE LA TIPIGRAFIA

Las Fábulas de Esopo, que se han traducido en
esta obra, son las que se encuentran en el
original griego, y las que se han traducido
en latín y en castellano. En esta obra se
presentan las fábulas de Esopo, que se
encontraron en el original griego, y las
que se han traducido en latín y en
castellano. En esta obra se presentan
las fábulas de Esopo, que se
encontraron en el original griego, y las
que se han traducido en latín y en
castellano.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HOMBRE)

TRADUCIDA DEL GRIEGO

POR ERNESTO GARCÍA Y CASCARILLA

TRADUCIDA DEL GRIEGO Y COMPLETADA CON
UN PRÓLOGO DONDE SE EXPLICAN LAS
DIFERENCIAS ENTRE LAS VERSIONES
DE LOS AUTORES GRIEGOS Y ROMANOS.

A UN EJEMPLAR DE REAL ORDEN

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.